

las bibliotecas. Después comencé con las escuelas pensando que eso sería la mejor fórmula, las bibliotecas escolares. Duró un año y fue un fracaso, creo que porque los profesores no vieron el por qué de la biblioteca. Ellos habían sido moldeados por un sistema donde tenían que memorizar textos.

Visto el fracaso, saqué los libros que habíamos depositado en las escuelas para empezar de otra forma.

Al inicio de la experiencia me puse en contacto con una misión de una organización no gubernamental belga que tenía la finalidad de reforestar el territorio. Ellos nos obsequiaron con un lote de libros. Tras la experiencia de la escuela empezamos a trabajar, y nunca lo hemos lamentado, con los adultos. Normalmente no prestamos libros a los niños. Los adultos pueden tomar en préstamo para sus hijos. Lo hacemos así porque creemos que hay mucho peligro en dar todo a los niños mientras que sus padres y madres quedan relegados, como si no tuvieran importancia.

Cuando un pueblito quiere una biblioteca, nos llaman y organizamos una reunión donde el jefe indígena convoca a los adultos. Nosotros insistimos en que vayan las mujeres, lo que es un poco problemático. Durante esa reunión, donde también acude el alcalde si lo hay, decimos lo que pensamos que debe ser la organización de un pueblito, con su escuela, su jefe de agua para el reparto, etcétera. Y ahí situamos a la figura del bibliotecario y decimos qué tipo de persona debe ser. Una persona a la que le guste la lectura, aunque muchas veces no ha visto un libro, que quiere a su pueblo, a su lugar de origen, que tiene interés en la cultura, aunque no siempre utilizamos esta palabra, pero que proteja las ruinas de los expolios, etcétera, que tenga interés en la ecología, aunque tampoco empleamos siempre esta palabra, en fin, que quiere a su pueblo y su progreso. Que sea bien aceptado, que sea honesto y generoso con su tiempo. Planteamos todas las cualidades que nos parecen idóneas y luego pedimos que todos lo elijan o la elijan. Hemos llegado a la conclusión de que es bueno que sea una pareja, hombre y mujer.

En Cajamarca, que es la capital de la provincia, tenemos un edificio central. Cuando necesitan canjear los libros, el bibliotecario acude al centro, escoge unos 25 ó 30 libros, más sería imposible, pues tiene que transportarlos a hombros hasta su pueblo o a caballo en su alforja. Él o ella es la responsable del reparto de los libros, puesto que conoce a su gente y los momentos de más o menos trabajo según el periodo de siembras y cosechas.

Hemos tenido buenas experiencias. De todas las maneras no hay que exagerar. Reconocemos que es sólo una minoría, a veces una fuerte minoría, la que se aprovecha de los libros. La cuestión es

que esa minoría van a ser los líderes, los dirigentes, de esa zona. Es la gente clave.

Al principio tuvimos algunos problemas técnicos, proteger los libros... Siempre hemos enfatizado la calidad de los libros y su adecuación a la población en lugar de la mera cantidad. Siempre hemos evitado el sistema de que gente de la ciudad done sus libros porque nadie obsequia nada bueno. Si quieren donar, que donen dinero y nosotros compramos los libros adecuados.

Desde casi el principio tuvimos una ayuda de la Biblioteca Nacional de Perú para aprendizaje de encuadernación y empaste. Seguimos actualmente haciendo encuadernaciones fuertes y protegiéndolas con plástico. Ten en cuenta que llueve mucho, hay barro, ratas en las casas y puercos. Hay que proteger el libro. Es interesante saber que el campesino trata muy bien los libros, mejor que la gente de la ciudad. De hecho, las pérdidas de libros que hemos tenido han sido de profesionales, de los profesores y de los pocos ingenieros que trabajan en la zona. El campesino, en cambio, sabe respetar las cosas ajenas.

Cajamarca es el departamento del Perú donde más se habla el castellano. En muchos otros se habla quechua o aymará. Nosotros hemos evitado casi totalmente el problema del idioma al concentrarnos en una zona donde el idioma es casi exclusivamente el castellano. Hemos puesto el énfasis en el campesino que vive aislado, a veces a un kilómetro de su vecino más próximo, donde no hay luz eléctrica ni agua corriente. Ellos son los que más se benefician de nuestro sistema de bibliotecas.

En cuanto a las materias de los libros comenzamos por lo que era más buscado, la agricultura. En un valle habían hecho algo de apicultura por sí mismos, pero sin técnicas. Entonces nos pidieron libros sobre abejas. Finalmente los conseguimos de Argentina y Bolivia, que son los mejores países en cuanto a apicultura. Nos coordinamos con la universidad, que tenía un apicultor profesional... y seguimos haciendo cursos de este tipo. No es sólo un reparto de libros, muchas veces intentamos juntar a la gente, por ejemplo en zonas donde se hace fruticultura, les animamos a tener un curso después de la cosecha sobre las plagas en los manzanares, etcétera. Y utilizamos los libros ahí. Los libros no son un fin sino un medio para... En fin, esto lo saben todos los bibliotecarios.

Hubo también algunas cosas que nos sorprendieron en el inicio, en nuestro intento de ser democráticos. Nuestras influencias mayores eran las bibliotecas públicas inglesas que yo conocía, los pedagogos Ivan Illich y Paulo Freire con sus ideas de desescolarización, y los médicos descalzos de China. Todos estamos de acuerdo en que hay que servir al pueblo y no imponer lo que uno cree que es mejor. Pero, respetando esto, tuvimos sorpresas. Por ejemplo, nosotros no lo habíamos pensado, pero ellos querían tener muchos libros sobre

"La profesora nos ha dicho que usted ha traído cosas que nunca hemos visto. Se hace de los árboles cuando se cortan, es como un ladrillo..." Le pregunté: "¿Libros?". Aprendí que yo era el primero en llevar libros a ese pueblo.

legislación. Querían conocer bien su Constitución, la ley de aguas, la ley de propiedad, etcétera. Nosotros no habíamos pensado que pudieran tener tanto interés en ello. También querían, los adultos, tener literatura infantil. Tuvimos algunas dudas y grandes debates sobre si era buena la idea de que estos campesinos fuertes estuvieran leyendo *La Cenicienta* y *Caperucita Roja* cuando llegaran a sus casas por la noche. Pero tuvimos que respetarlo. Poco a poco esa literatura internacional dio lugar a la literatura de ellos, a sus leyendas. Tras haber sido privados toda su vida de literatura y después de haber leído esos libros infantiles que he mencionado, ellos comenzaron a ver, a través de las jornadas y cursillos, que ellos también tenían una cultura, no escrita pero sí oral, que la habían aprendido de sus padres y abuelos. Fue el momento de plantearnos trabajar un tema por año. El primero fue el de las leyendas populares. Enviamos a todos los bibliotecarios con una grabadora a ir a donde los viejitos y grabar las leyendas y la historia, que estaban muy mezcladas. Publicamos los resultados con los nombres de los bibliotecarios que las habían recopilado, con dibujos. El siguiente tema fue el de las hierbas medicinales, el rescate de esos conocimientos que se iban perdiendo. Otro año fue el del sombrero, que puede parecer un poco raro pero tiene su explicación. Esa gente vive de la confección de sombreros. Cada pueblo tiene su especificidad en la confección y hay muchos elementos religiosos y antropológicos que intervienen. Los llamados sombreros panameños no son de Panamá, sino de Ecuador y Cajamarca, en Perú. Cada año trabajábamos un tema que luego lo editábamos. Todo esto se está recopilando en una *Enciclopedia campesina*. En Perú existe el problema del desprecio muy marcado, por parte de la ciudad, al campo, al campesino. El desafío era el rescate de su cultura, hacerles sentirse orgullosos de ser campesinos, agricultores, de haber heredado las dos

sangres, la española o europea y la indígena. En Cajamarca la experiencia sigue y ha crecido. Actualmente hay unos 500 puntos de lectura. Respecto a las bibliotecas públicas en Lima, mi opinión es que son muy malas. Hay una Biblioteca Nacional que, como en todos los países hispanoamericanos, está exageradamente centralizada, es demasiado importante, un edificio con prestigio. ¿Qué lector humilde va a querer ir a la Biblioteca Nacional? Bueno, tiene su finalidad, supongo, pero es aún más exagerado en los países latinoamericanos, donde casi el 90% del presupuesto bibliotecario va a la biblioteca de prestigio, a la Biblioteca Nacional, donde la gente no puede sacar ningún libro y donde no tienen acceso directo a los libros. Todo es por ficheros. Una biblioteca no debe ser así, como una cárcel. Cuando uno es bajito, como es por lo general la población, y entra en un gran edificio, con una enorme cantidad de ficheros, una señora a 10 metros de distancia indicándote el fichero,

¿quién va a acercarse a la biblioteca? Los únicos que la utilizan son los estudiantes. Alguna vez también existen bibliotecas en los barrios, pero la calidad de los libros no es muy buena y otra vez se convierten en bibliotecas escolares. No me acuerdo de ninguna biblioteca para los adultos. Ya sé que es un tanto arbitraria la división porque allí casi no hay adolescencia, pasan de niños a adultos. Además, la mujeres la última de la cola para esas cosas. Nunca hemos tocado el tema del analfabetismo. Siempre dijimos que eso correspondía al Gobierno. Si un Gobierno era bueno lo haría, como en Nicaragua o Cuba, con buenos proyectos de alfabetización. Nosotros no quisimos meternos en ese tema, aconsejados por Paulo Freire. Toda biblioteca debe ser proyecto de pre y postalfabetización, pero no debe ser el mismo proceso de alfabetización. Una vez estábamos en una reunión e irrumpió una mujer de una zona lejana que había venido a la ciudad para algún asunto y nos gritó: "¡Ustedes me han ayudado a sobrevivir! Yo no sé leer, pero mi esposo me sacó un libro que enseña cómo hacer camisas y pantalones. Antes todos los de mi pueblo habían comprado sus pantalones y sus camisas de un pueblito que se llama Hong Kong o algo así, y yo he aprendido a cortar camisas y pantalones y ahora hago camisas para todo el pueblo. ¡Eso gracias a un libro! ¡Gracias, bibliotecarios!" Se fue dejándonos asombrados.

III Nicaragua

En 1985, durante el periodo sandinista, me trasladé a Nicaragua. Era un momento en el que había recursos para la educación de los campesinos y donde hubo el mejor plan de alfabetización, encabezado por el padre Fernando Cardenal. Aunque tuvimos el apoyo del Ministerio de Cultura, con el padre Ernesto Cardenal, hermano del anterior, como ministro, quizá el mejor poeta actual del continente, era una situación muy difícil. Vivía en una zona de guerra y los pocos bibliotecarios con

los que pudimos trabajar estaban constantemente bajo amenaza de muerte, porque bibliotecas sonaba como extrema revolución. Bueno, claro que es muy peligroso ayudar a la gente a leer. Me acuerdo que un miembro de la contra me dijo: "¿por qué, padrecito, gastan sus dineros y sus esfuerzos en libros y bibliotecas? ¿por qué no compran un televisor para cada pueblo?". Con la idea de que, teniendo a los campesinos viendo *Dinastía* y *Dallas*, no sean revolucionarios sino bien sumisos y acepten lo que se les diga. Pero libros no, eso es peligroso.

También en Perú se veía al libro y a las bibliotecas como un elemento subversivo, a pesar de que hicimos todo lo posible para no confrontarnos con las autoridades. Era la primera vez que veían a un campesino leyendo y al tanto de lo que pasaba en el mundo.

En Nicaragua, dada la situación, pusimos menos énfasis en el libro y más en actividades cultura-

Las bibliotecas escolares duraron un año y fue un fracaso, creo que porque los profesores no vieron el por qué de la biblioteca. Ellos habían sido moldeados por un sistema donde tenían que memorizar textos

PUBLICIDAD

les, en parte porque la contra estaba siempre invadiendo, quemando las escuelas, amenazando también con quemar las bibliotecas. Algunas cosas eran iguales a la experiencia de Perú: la población eligió a los bibliotecarios, fue un trabajo voluntario y en su tiempo libre, pues nunca tuvimos dinero para hacer otra cosa. Organizamos festivales de música, de teatro, de danza... Los libros quedaron muy en segundo plano. Imagínate, que con la contra andando por ahí, encontrando libros en las casas, era peligroso. Vuelvo cada año a Nicaragua. Algo ha quedado, pero sólo un reflejo de los años 80, el recuerdo de algo que mayormente no ha podido crecer debido al deterioro de la situación económica bajo el gobierno actual de Violeta Chamorro. La gente es tan pobre que la supervivencia es la prioridad número uno. En ese sentido la situación es mucho peor que en cualquier otro país centroamericano.

III El Salvador

Ahora, en San Salvador, estoy ubicado en una zona marginal pero urbana. La urbe devora rápidamente al campo y la gente tiene mentalidad de campesinos pero están en la ciudad. Aquí también hay ciertas cosas que siguen de las experiencias que he comentado antes: la fe que tenemos en la educación de adultos, la desconfianza hacia el sistema escolar oficial del Estado, tanto para niños como para adultos, y lo que han dicho Freire e Illich se puede ver ahí de cómo la educación está mal llevada, una educación bancaria, memorizante, etcétera. Estoy convencido de que hace falta ahí, al igual que en los demás lugares, un sistema paralelo de educación que es y debe ser la biblioteca. Insisto mucho, ya desde Perú y Nicaragua, en la palabra *autodidacta*. En los países tercermundistas, esa palabra cobra una importancia que quizás no la tenga aquí, en Europa, donde hay tantas posibilidades. Estamos intentando crear un ambiente de hombres y mujeres autodidactas, facilitándoles la posibilidad de enseñarse a sí mismos, poniendo libros a su disposición. Lo que no hicimos en los otros países, pero creo que es imprescindible en un ámbito urbano, es crear un espacio donde los escolares puedan acudir a hacer sus tareas. Esto nos duele y no queremos convertirnos en bibliotecas escolares, pero la verdad es que esos niños están en escuelas deficientes en todos los sentidos. Ciertos días las bibliotecas nuestras sirven como local y lugar para la realización de tareas escolares. Tenemos enciclopedias, diccionarios... para que puedan investigar en la realización de sus tareas. También aquí ha habido una gran guerra, mucho peor que la nicaragüense. Después de doce años de guerra la gente va tanteando si es cierta la paz o si es efímera. El Salvador tiene el índice mayor de todo el continente de niños que comienzan en la escuela y la

abandonan para buscarse la vida. De todos los latinoamericanos, los salvadoreños son los que tienen la fama de ser los más trabajadores. Los chavales pierden la paciencia si ven que en la escuela no están aprendiendo nada que valga la pena y por eso prefieren abandonarla y dedicarse a cantar en un autobús, vender chicles, para ganar algo. Si tienen más iniciativa y más edad, el deseo es ir al Gran Norte, cruzar el Río Bravo y entrar en Estados Unidos como ilegales, ganar algo en lo que sea y poder enviar dólares. Nosotros queremos animar a algunos a que se queden en el sistema escolar por malo que sea. Necesitamos personas que lleguen a tener la posibilidad de estudiar en la universidad.

En los límites de mi parroquia viven entre veinte y treinta mil personas y sólo hay un universitario, es uno de nuestros bibliotecarios, y no hubiera podido estudiar en la universidad si no hubiera sido por el pequeño sueldo que podemos darle por su trabajo a media jornada. Tengo cinco bibliotecarios, tres mujeres y dos varones, es el comienzo. He podido conseguir algo que les permite estudiar. Intentamos crear puestos de trabajo para algunos, los más inquietos y los más despiertos.

III La biblioteca

Sigo viendo la biblioteca como una herramienta, sobre todo en países donde no hay tantos recursos. Creo que los países del Tercer Mundo invierten demasiado, relativamente, en escuelas y en el sistema escolar y demasiado poco en bibliotecas y en lo que pueda hacer la biblioteca. Eso creo que tiene que cambiar. ¿Para qué tanta escuela? ¿Para qué enseñar a leer si al final no hay nada para leer, o si los periódicos están fuera del

alcance económico de uno o fuera del alcance intelectual, porque no dicen nada a los campesinos? Yo creo que los profesores de escuela y los ministros de educación no tienen la suficiente humildad de reconocer que no son la panacea de todo. Muchas veces los gobiernos invierten tanto, relativamente, en esas escuelas para impresionar a organismos como Unesco, diciéndoles que su tasa de analfabetismo no es tan elevada. Eso en lugar de pensar en el final del proceso. El final es "producir" una persona siempre inquieta y siempre dispuesta a seguir educándose y educando a otros. El sistema escolar no produce eso, ni en Latinoamérica ni en Occidente. Paulo Freire lo dijo muy bien, ¿para qué seguir a ustedes, en el primer mundo, que todavía no han producido un sistema escolar que libere a las personas y les dé un gusto para leer en el futuro?, ¿para qué seguir ese sistema, incluso si tuviéramos el dinero para imitar el sistema europeo o norteamericano? No sería bueno, porque no funciona para ustedes. Entonces, ¿por qué va a funcionar para nosotros, en países pobres que están en un estado de supervivencia?

La biblioteca, para mí, es una gran solución, especialmente para esos países y es un sistema que cuesta muchísimo menos que el escolar.

■ RAMÓN SALABERRÍA

Creo que los países del Tercer Mundo invierten demasiado, relativamente, en escuelas y en el sistema escolar y demasiado poco en bibliotecas y en lo que puede hacer la biblioteca. Eso creo que tiene que cambiar